

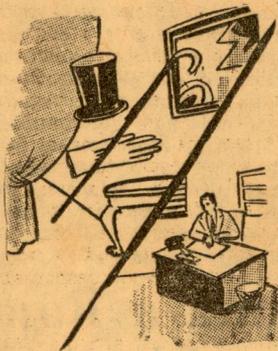
Hogar Modesto, Clase Media, ¿Ofensas?

por Sebastián Salazar Bondy

En dos recientes oportunidades, la alusión en las páginas de nuestro diario a la situación social de dos personas que fueron noticia provocó la expresión o tácita protesta de dichas personas o de sus familiares. El fenómeno, en verdad, es digno de ser estudiado, ya que, en principio, decir que alguien que se destaca entre todos pertenece a un hogar modesto o a la clase media —estas eran las menciones que mortificaron— no es ofender. Como ofensa, sin embargo, se tomó la calificación, y hasta hubo gestión especial para rectificar la respectiva información. El cronista ve en estos casos el síntoma de un mal que, desde hace algún tiempo, corroe a nuestra juventud. Se cree con toda convicción que no pertenecer a la aristocracia, a la "high life", es ser menos, es estar por debajo de la calidad. Ello, sin duda, no porque se aspire a llevar "sangre azul" en las venas, sino porque se quiere que todos piensen que se está en las clases económicas altas, la gran burguesía, el alto capitalismo.

¿Qué quiere decir que alguien ha nacido en un hogar modesto? Quiere decir, en esencia, que esa persona pertenece a la mesocracia, esa pujante clase que, con dinamismo, lucha por su progreso personal y, al mismo tiempo, por el progreso del país. La clase de los profesionales, de los técnicos, de los empleados. La masa que estudia, que piensa, que usa de su talento para ganar conocimientos y situaciones. En esa clase en su mayoría están los investigadores, los profesores universitarios, los intelectuales, los políticos. La palabra modesto alude a una virtud, la que se opone a la vanidad. ¿Hay por qué avergonzarse de ella? Lo mismo

puede decirse de la expresión clase media, que tiene una connotación específicamente económica. Clase media es la casi totalidad del país pensante, del país real, del país trabajador desde el pequeño comerciante y el pequeño industrial hasta el técnico calificado, médico, ingeniero, abogado, etc. Ser de la



clase media puede, más bien constituir un orgullo, pues en la clase media la que en los últimos dos siglos ha hecho la historia universal. América, nuestro país, le debe, entre otras cosas, la Independencia.

En la confusión de valores e ideas que prevalece en el Perú no es el menor mal el que se refiere a la atribución de todas las ventajas sociales al dinero. Y eso ha decidido esa especie maligna de ficción de la riqueza que muchos ingenios hacen para obtener lo que creen que es la figuración. Se desdénia la inteligencia, el trabajo, el espíritu, y se rinde culto exclusivo y devoto al lujo. Sin embargo, la nación marcha hacia su destino gracias al empeño desinteresado de quienes, en la oficina o la mesa de di-

seño, en la cátedra o el libro, en el laboratorio o el campo experimental, se entregan, sin orgullos ni ostentaciones, a la transformación de una realidad defectuosa en el ideal que ciertos modelos superiores proponen como meta. Pero esto no se enseña en gran parte de los colegios, no es esto lo que a nuestros jóvenes les presenta como la imagen más deseable para su destino futuro. Si no, ¿por qué se sienten maltratados por las expresiones hogar modesto o clase media? Al cronista le parece que porque en las aulas escolares, donde precisamente se educa a la clase media, se les ofrece la vida como esa fiesta pomposa en que los apellidos suenan por la cantidad de dinero de las cuentas corrientes, por los títulos que ostentan los individuos, por los automóviles que guardan sus garages, por las veces que aparecen en las columnas sociales de diarios y revistas. El trabajo y la creación no son tan exaltados como todo aquello.

El cronista pertenece a un hogar modesto, pertenece a la clase media. En su sangre está la sangre de campesinos, de inmigrantes, de gentes que hicieron lo que pudieron por el país. Hay sangre de cholos y de europeos que vinieron a América a trabajar. Que fracasaran o tuvieran éxito, no importa, porque la herencia que dejaron a sus descendientes no fue de oro, sino de fe en sí mismos y en la comunidad. Y tal vez fuera más deseable así, pues eso le dio oportunidad para trazar su propio camino con sus propias fuerzas, no con el auxilio que significan ciertas vinculaciones previas. Nunca se le ocurriría sentirse disminuido porque se dijera, de su origen familiar, que se trata de un hogar modesto de la clase media.